

Clase 19

“De la interpretación a la transferencia”

Regina González

Enrique Pastrana

Hoy vamos a trabajar el Capítulo 19 titulado: “De la Interpretación a la transferencia”; este capítulo está encuadrado en la parte IV de este seminario que a su vez lleva por título “El campo del Otro, y retorno de la transferencia”.

Los títulos que están propuestos tienen su importancia, pues nos van dando una orientación para la lectura de esta parte, cuyo eje central es el concepto de transferencia; como venimos diciendo, uno de los 4 conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Para no variar, es un capítulo denso y difícil pero no hay que asustarse por ello; supone leerlo aunque no se entienda todo, y pre-ocuparse por los conceptos y ocuparse con el trabajo y el esfuerzo que siempre supone estudiar a Lacan, que a veces produce nudos en la cabeza que lleva su tiempo disolverlos.

Dar cuenta hoy detalladamente de este capítulo va a ser imposible; no sólo por el tiempo limitado de una exposición, de una clase, sino porque dentro de todo lo que plantea Lacan hay determinados puntos y desarrollos, que para entenderlos hay que ir atrás y adelante en su enseñanza y por lo menos a nosotros nos queda aún mucho que aprender; vamos a tratar de transmitir algunas cosas de la enseñanza de Lacan que suponemos, que los que estáis inscritos en este seminario On-line, ya sabéis que la enseñanza en psicoanálisis no es homónima, ni equivalente al saber universitario. En el psicoanálisis se aprende a saltos, discontinuamente, sin la exigencia de comprensión, de continuidad, de obtención de sentido.

Citamos a Lacan:

“A menudo vale más no comprender para pensar, y se pueden galopar leguas y leguas de comprensión sin que resulte de ello el menor pensamiento”

(“La dirección de la cura”)

Naturalmente, no planteamos no comprender nada; ni tampoco planteamos que hay que tener una originalidad genial. Como os decíamos hay que estudiar, leer, releer y escribir. Y a la vez, cuanto más letrados seamos mucho mejor, aunque no comprendamos en la forma a la que se está acostumbrado y exigido por el saber académico y sus respectivas titulaciones y profesionalización cada vez más presentes

en nuestra cultura, exigencia que está poniendo cada vez en más aprietos tanto al psicoanálisis, como a su práctica

A esto hace referencia Lacan en la última parte de este capítulo. Tenemos que señalar la dimensión política de este seminario en el que aparecen continuamente referencias tanto a la formación de analistas como en relación a lo institucional, a la comunidad analítica y a la política de la comunidad analítica que dice que a veces se mueve igual que el discurso universitario.

Haciendo referencia directa a la institucionalización de la IPA, advierte que el discurso universitario ha entrado en la comunidad analítica en lo que respecta a las jerarquías y a la habilitación en la práctica analítica y señala la dimensión de la impostura que supone cuando el analista busca su habilitación, su autorización en personas que ostentan jerarquías para obtener de ellos la calificación expresa de que están capacitados para la práctica, borrando el hecho de que no hay Otro del Otro para decir al analista lo que debe hacer en cada momento en su práctica.

La impostura de la que habla no es una impostura personal, como rasgo de algunos, está ligado al hecho de que el analista no tiene otro remedio que autorizarse a sí mismo en cada palabra que dice o que no dice. “El analista se autoriza por sí mismo por su análisis y en su práctica”. Señalamos la importancia del pase que es un punto central que Lacan planteó.

Siguiendo esta dirección entre la política y la clínica, vamos a ir viendo lo que Lacan va trabajando en este capítulo. Va a insistir en los conceptos de transferencia y de interpretación, respecto a los que dice que no son meros problemas teóricos sino cruciales para orientar la dirección de la cura. Pues la dirección de la cura puede orientarse en una o diferentes direcciones, según se entiendan los conceptos fundamentales. Esto es algo que ya Lacan planteó en un texto titulado “La dirección de la cura y los principios de su poder”, texto del que vamos a tomar algunas referencias para introducir este capítulo.

En “La dirección de la cura y los principios de su poder” un texto de 1958, bastante anterior a los 4 conceptos, pero de gran importancia por su posición ética en la clínica, Lacan hace una crítica a la clínica de los postfreudianos por el modo de situar y entender la transferencia en la dirección de la cura y por el uso que venían haciendo de una práctica interpretativa determinada, que cada vez mas, iba derivando a ser una mera portadora de sentido. En este texto advierte a los analistas sobre el deslizamiento que sufre su práctica, cuando se desconoce el verdadero lugar donde se producen sus efectos; dice: *“el manejo de la transferencia es inseparable de su noción”* y de ella dependerá la orientación que tomará la dirección de la cura y las consecuencias clínicas que derivarán de ello.

Partiendo de alguna de las teorías de la época, Lacan explica las posibles consecuencias a la hora de interpretar y entender la transferencia cuando es tomada (en la práctica analítica) desde una dimensión imaginaria. Al concebir la relación analítica como una relación entre dos, los analistas se encontraban de lleno metidos en la relación de objeto y la cura entonces quedaba orientada según un patrón objetivo de intervención: por ejemplo, según la realidad material, según el criterio de maduración sexual (es decir como una sucesión de fases: oral, anal, fálica y genital) o bien en la vertiente de la transferencia en que el paciente hacía del analista el objeto de sus afectos, o bien en la vertiente de la contratransferencia en la que el analista hacía del paciente el objeto de los mismos.

Para analizar alguna de las consecuencias de ello, Lacan toma en este texto el famoso caso de “Los sesos frescos” de Ernst Kris, caso que ya lo ha utilizado en otros momentos para su enseñanza, y que le sirve para ejemplificar un acting out, consecuencia de tomar la transferencia en una relación dual y de interpretar sobre la realidad del paciente.

Relata así: Se trata de un sujeto inhibido en su vida intelectual y especialmente inepto para publicar alguna de sus investigaciones, en razón de un impulso a plagiar que no controla. Este es el drama subjetivo, dice Lacan. La anterior analista lo había entendido y así lo transmitió, como una recurrencia de una delincuencia infantil basada en que el sujeto, de niño, robaba golosinas.

Kris retoma el caso y desde la teoría del yo de Hartman a la cual él pertenece, pretende darle al sujeto el insight, es decir, una toma de conciencia de la situación desde un nuevo punto de partida. El analista, cotejando los datos desde la realidad con otras publicaciones de sus colegas, pretende demostrarle a su paciente que no era un plaguario cuando creía serlo; y que el creer serlo era un modo de defenderse respecto a tal posibilidad. Comunicándole lo siguiente: “Quiere serlo, para impedirse a sí mismo serlo de veras”.

Ante tal interpretación, y en respuesta a su analista, el paciente le comunica que cuando sale de la sesión, y desde hace un tiempo, “ronda” por una calle en la que abundan pequeños restaurantes donde tienen su plato preferido que son “sesos frescos”.

Lacan señala que este “rondar alrededor de los sesos frescos” tiene el valor de un acting out; y como un modo de rectificar la intervención del analista, el paciente actúa como diciéndole: “ha errado Ud. el blanco”. Lacan señala que este acting out, que Freud llama repetición en acto, viene a rectificar, a corregir la intervención del analista.

El analista yerra, porque no se trata que el paciente se defienda de la idea de robar, sino que el sujeto de lo que se defiende es de su deseo, dice Lacan: “el temor a tener una idea propia”; Lacan dice que el analista en lugar de intervenir apuntando a la realidad subjetiva, al deseo, ha intervenido apuntando a la realidad lo que ha provocado el acting out, es decir una repetición en acto.

La intervención del analista tendría que apuntar al deseo inconsciente del sujeto y no a su realidad. Lacan sitúa en este momento la transferencia y la interpretación en una dimensión simbólica pues no se trataría de una relación dual entre el yo y el semejante sino la relación del sujeto con el Otro del lenguaje cuyo efecto de palabra apuntaría no a la comprensión sino al deseo que se revela en el mismo acto del decir. Lo que diferenciaría la dimensión imaginaria de la transferencia de la dimensión simbólica.

En este capítulo XIX del seminario, nos parece que a partir de introducir el concepto de Sujeto supuesto Saber y el objeto a, Lacan tiene que resituar el lugar de la transferencia en la clínica valiéndose de la topología, y respecto a las dos operaciones lógicas: la alienación y separación, que ha ido explicado en los capítulos anteriores. Su tesis va a consistir en situar la transferencia más que en el eje de la alienación, en el eje de la separación.

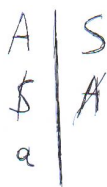
Y comienza el capítulo haciendo una referencia al vocabulario, a ciertos términos muy usuales como idealización, identificación, proyección e introyección que dice, que el peligro en el uso de estos términos es que para cada cual ya tienen un sentido. Es decir que son términos que están ya cargados de un sentido y se emplean tanto en el discurso común como desde la psicología; están en el lenguaje corriente, además de en el discurso psicoanalítico y esto da pie a todo tipo de confusiones y de deslizamientos.

Desde ahí nos advierte acerca del empleo de los términos y del registro desde el que son tomados, “pues lo que importa es saber en qué campo suceden las diversas cosas con las que tenemos que lidiar en el campo del análisis.” Así por ejemplo si se está en el campo del yo, del placer-displacer, o en el campo del Otro del que depende el sujeto, donde se dan las operaciones de alienación y separación.

Y en relación al Otro (Otro con mayúsculas) dice: “Ese Otro que estaba allí desde hace un buen rato, antes de que viniésemos al mundo.” Nos parece que es una frase precisa y sencilla para dar cuenta de la determinación significativa en la constitución del sujeto en el campo del Otro. Ese sujeto que es sujeto del deseo.

En este punto nos parece oportuno recordar lo que Lacan denominó la operación de la división que escribió así (diapositiva 1)

Esquema de la división subjetiva:



División, de la que queda un resto, el objeto a.

Objeto a que no pertenece a \$ ni a A tachado. El objeto es amboceptor entre ambos.

Se hace evidente que el término advertir tiene mucha resonancia en Lacan. No sólo porque nos advierte a los psicoanalistas respecto a la formación sino también porque hace referencia con ello, por ejemplo: al sujeto advertido de la falta del Otro y al sujeto advertido del deseo.

Por otro lado, el término resonancia es un término que Lacan empleó refiriéndose a la interpretación, como cierta resonancia, algo que transporta, que conduce a otras palabras, a otras asociaciones y que no coagula ni cierra como lo hace el argumento explicativo que en su extremo podemos ver en la paranoia y que en la psiquiatría clásica fue bien recogido en la expresión *delirio interpretativo* donde todo tiene sentido. Esa es la diferencia entre un lenguaje inspirado en algo de lo poético que sugiere que transporta y el lenguaje argumental que cierra pues ya tiene un sentido.

Entonces vocabulario, advertir y Campo del Otro son tres términos que nosotros destacaríamos de este primer punto del capítulo.

Seguidamente Lacan va a referirse al concepto de interpretación. Se ha ido viendo a lo largo del texto de este seminario que la interpretación es inseparable de la transferencia. Lacan insiste en que hay que esperar a que esté instalada la transferencia para que el analista pueda interpretar.

De la relación entre transferencia e interpretación dice: en el momento en que el analista ocupa para el paciente ese lugar de sujeto supuesto saber es cuando queda instalada la transferencia” y añade “la interpretación toma validez sólo cuando se realiza en y desde transferencia.” Así toda interpretación que se realizara por fuera de la transferencia habría que denominarla como interpretación “salvaje”.

El concepto de interpretación no es un concepto exclusivo del psicoanálisis; y por eso es importante diferenciar el uso que se hace de la interpretación desde otros ámbitos -como por ejemplo desde el ámbito religioso o desde el sentido coloquial en los que la interpretación tendría que ver con una aportación de sentido- del uso que de la interpretación se hace desde el psicoanálisis.

Para el psicoanálisis la interpretación toma verdadera relevancia a partir del trabajo de Freud sobre la interpretación de los sueños. En el Antiguo Oriente, los egipcios, ya habían trabajado y escrito sobre el simbolismo de los sueños. Para ellos el simbolismo de los sueños y su interpretación estaban relacionados con la adivinación y con el desciframiento de un mensaje oculto. El sueño era tomado como un todo, y encontrar el sentido del sueño suponía que había que reemplazarlo por un contenido análogo pero más inteligible. No es hasta Freud que el sueño, lo que pone de manifiesto es su relación con la historia particular de un sujeto y de su vida fantasmática. Con Freud la interpretación de los sueños pasaría a ser un elemento fundamental de la práctica analítica. Y matiza que para la interpretación de un sueño no se trata de inyectar un sentido sino de encontrar su significación.

Freud insiste en esta diferencia pues no es lo mismo aportar un sentido que llegar a encontrar una significación. Esta diferencia queda matizada por la diferencia en alemán entre el término *Deutung* y su traducción en español por interpretación. Diferencia recogida en el diccionario de psicoanálisis por Chemana del siguiente modo: la palabra en español interpretación no es exactamente superponible al término alemán *Deutung*.

La diferencia se puede expresar del siguiente modo:

“La interpretación hace pensar más bien en todo lo que hay de subjetivo, de forzado y arbitrario, en el sentido que se da a un acontecimiento, a una palabra; mientras *Deutung* tiene un sentido más próximo a explicación, esclarecimiento y está menos impregnado para la conciencia lingüística común del matiz peyorativo que puede presentar el término español. Freud escribe: “La *Deutung* de un sueño consiste en determinar su *Bedeutung*, su significación”.

Significación a la que sólo se podrá llegar a través del relato del sueño y de todas las asociaciones posibles que se produzcan a partir de ese relato y que son particulares de ese sujeto. Solo así, dice Freud se puede llegar al verdadero sentido del sueño o del resto de las formaciones del inconsciente. Se trata de llegar a ese sentido particular, tal y como entendemos desde el psicoanálisis.

Lo que rescatamos es que la interpretación, hace a lo particular, a lo singular de cada sujeto. Por eso no hay una interpretación tipo, lo mismo que no hay un psicoanálisis tipo. Es decir que no hay una interpretación universal, ni un catálogo para la interpretación de los sueños; no hay interpretación extrapolable a todos los casos sino que la interpretación es en cada caso particular, singular, y por tanto “no toda interpretación es posible” en psicoanálisis.

En Lacan el concepto de interpretación va ir variando de acuerdo a los diferentes momentos y desarrollos que va realizando en su teoría. En este momento de “los 4 conceptos fundamentales”, el desarrollo de Lacan con respecto a la interpretación va

ligado a la idea de la inherencia del lenguaje en el inconsciente y a la primacía del significante. Un significante encuentra su significación cuando se pone en relación con otro significante, significación que no es cualquiera sino que es una significación particular.

Esta concepción acerca de la inherencia del lenguaje en el inconsciente y de la primacía del significante no quiere decir, tal y como fue tomado por algunos lectores de los textos de Lacan, que pudiera haber una arbitrariedad a la hora de interpretar, como si toda interpretación fuera posible en el marco analítico.

Al paso de esta consideración Lacan va a decir: “no es cierto que la interpretación esté abierta a todos los sentidos, como se ha dicho so pretexto de que se trata sólo del vínculo de un significante con otro significante, y por tanto de un vínculo sin pies ni cabeza...Que el efecto de la interpretación, sea aislar en el sujeto un hueso, un Kern, para decirlo todo como Freud, de *non- sense*, no implica que la interpretación misma sea un sin-sentido”.

Entonces, “La interpretación es una significación que no es una significación cualquiera”. Lacan fundamenta esta afirmación partiendo de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y de la fórmula de la metáfora... pues la metáfora es la dimensión donde aparece el inconsciente en la medida en que le es fundamental la operación de condensación significante”.

Recordemos en qué consiste la metáfora. La metáfora consiste en la sustitución de un significante por otro. Y sabemos que para el psicoanálisis las formaciones del inconsciente tienen una estructura metafórica.

Entonces Lacan matematiza la fórmula de la metáfora del siguiente modo (diapositiva 2)

$$\begin{array}{c} S' \\ F \left(\frac{-}{S} \right) S = S(+) s \end{array}$$

Esta fórmula establece que la relación de sustitución de los significantes en la función metafórica es congruente con la trasposición de la barra que separa el significante del significado. Y el signo + viene a representar esta trasposición. Esto implica que por la emergencia de la significación ***podemos aprehender en el significante sustituto al significante sustituido***. Y Lacan va a tomar la metáfora poética, en concreto la de Booz dormido como referencia para dar cuenta de esto.

A la vez Lacan se vale de ello para responder al planteamiento de Laplanche que formula la metáfora no cómo una sustitución de un significante por otro, sino como un prendimiento de dos significantes.

Para Laplanche el significante se significa a sí mismo y se trata de una vinculación sin más, que llevaría a un juego insensato de las palabras; es decir que el significante quedaría abierto a cualquier sentido y por tanto también la interpretación estaría abierta a todos los sentidos.

Esta controversia introducida por Laplanche se puede resumir en varios puntos:

- 1- Que el significante se significa a sí mismo, es decir que se trata de una vinculación sin más, sin pies ni cabeza, que llevaría a un juego insensato de las palabras.
- 2- A la consideración de que la interpretación estaría abierta a todos los sentidos.
- 3- Laplanche sostendría que el inconsciente es la causa del lenguaje y no al revés. Lo que traería como consecuencia la existencia de un inconsciente primordial y por tanto contrario al planteamiento de Lacan de que no hay inconsciente anterior al lenguaje, no hay inconsciente primordial.

Por último Lacan en esta polémica con Laplanche toma la metáfora poética de “Booz dormido” para ejemplarizar que no se trata de una arbitrariedad del significante. La metáfora poética es la que mejor muestra esta operación de condensación y su efecto de metáfora. Creación de un sentido nuevo a partir de una sustitución significativa.

Nos ha llamado la atención que Lacan hace una referencia expresa a esta metáfora en muchas ocasiones. Por ello hemos pensado que podíamos dedicarle una pequeña explicación ya que os la vais a encontrar, como os decimos, en muchos textos: por ejemplo en el seminario “Las psicosis”, en “La instancia de la letra”, en “La relación de objeto” “Las formaciones del inconsciente” “La metáfora del sujeto” “Los cuatro conceptos” “Radiofonía”...

“Booz dormido” es el título original de un poema que Victor Hugo escribe acerca de Booz, un hombre anciano y justo, cuya historia se recoge en “El libro de Ruth” del Antiguo Testamento”

Yéndonos directamente a la fuente, al Antiguo Testamento, os contamos resumidamente la historia de Booz.

Booz que es un anciano generoso y justo, permite a Ruth, una moabita, recoger espigas de trigo de sus campos. Su generosidad y su bondad, fueron recompensadas por Yahvé que permitió que a pesar de su avanzada edad, pudiera engendrar un hijo con Ruth.

En esta poesía Víctor Hugo, refiriéndose a Booz, crea la siguiente metáfora: “Su gavilla no era avara ni tenía odio” en la que Víctor Hugo sustituye **“Booz”** por **“su gavilla”**.

“Booz dormido” Víctor Hugo

Booz se había acostado, rendido de fatiga;
Todo el día había trabajado sus tierras
y luego preparado su lecho en el lugar de siempre;
Booz dormía junto a los celemines llenos de trigo.

Ese anciano poseía campos de trigo y de cebada;
Y, aunque rico, era justo;
No había lodo en el agua de su molino;
Ni infierno en el fuego de su fragua.

Su barba era plateada como arroyo de abril.
Su gavilla no era avara ni tenía odio;

Cuando veía pasar alguna pobre espigadora:
“Dejar caer a propósito espigas” -decía.

Caminaba puro ese hombre, lejos de los senderos desviados,
vestido de cándida probidad y lino blanco;
Y, siempre sus sacos de grano, como fuentes públicas,
del lado de los pobres se derramaban.

Booz era buen amo y fiel pariente;
aunque ahorrador, era generoso;
las mujeres le miraban más que a un joven,
pues el joven es hermoso, pero el anciano es grande.

El anciano que vuelve hacia la fuente primera,
entra en los días eternos y sale de los días cambiantes;
se ve llama en los ojos de los jóvenes,
pero en el ojo del anciano se ve luz.

2

Así pues Booz en la noche, dormía entre los suyos.
Cerca de las hacinas que se hubiesen tomado por ruinas,
los segadores acostados formaban grupos oscuros:
Y esto ocurría en tiempos muy antiguos.

Las tribus de Israel tenían por jefe un juez;
la tierra donde el hombre erraba bajo la tienda, inquieto
por las huellas de los pies del gigante que veía,
estaba mojada aún y blanda del diluvio.

3

Así como dormía Jacob, como dormía Judith,
Booz con los ojos cerrados, yacía bajo la enramada;
entonces, habiéndose entreabierto la puerta del cielo
por encima de su cabeza, fue bajando un sueño.

Y ese sueño era tal que Booz vio un roble
que, salido de su vientre, iba hasta el cielo azul;
una raza trepaba como una larga cadena;
Un rey cantaba abajo, arriba moría un dios.

Y Booz murmuraba con la voz del alma:
“¿Cómo podría ser que eso viniese de mí?
la cifra de mis años ha pasado los ochenta,
y no tengo hijos y ya no tengo mujer.

Hace ya mucho que aquella con quien dormía,
¡Oh Señor! dejó mi lecho por el vuestro;
Y estamos todavía tan mezclados el uno al otro,
ella semi viva, semi muerto yo.

Nacería de mí una raza ¿cómo creerlo?
¿Cómo podría ser que tenga hijos?
Cuando de joven se tienen mañanas triunfantes,
el día sale de la noche como de una victoria;

Pero de viejo, uno tiembla como el árbol en invierno;
viudo estoy, estoy solo, sobre mí cae la noche,
e inclino ¡oh Dios mío! mi alma hacia la tumba,
como un buey sediento inclina su cabeza hacia el agua”.

Así hablaba Booz en el sueño y el éxtasis,
volviendo hacia Dios sus ojos anegados por el sueño;
el cedro no siente una rosa en su base,
y él no sentía una mujer a sus pies.

4

Mientras dormía, Ruth, una Moabita,
se había recostado a los pies de Booz, con el seno desnudo,
esperando no se sabe qué rayo desconocido
cuando viniera del despertar la súbita luz.

Booz no sabía que una mujer estaba ahí,
y Ruth no sabía lo que Dios quería de ella.

Un fresco perfume salía de los ramos de asfodelas;
los vientos de la noche flotaban sobre Galgalá.
La sombra era nupcial, augusta y solemne;
allí, tal vez, oscuramente, los ángeles volaban,
a veces, se veía pasar en la noche,
algo azul semejante a un ala.

La respiración de Booz durmiendo
se mezclaba con el ruido sordo de los arroyos sobre el musgo.
Era un mes en que la naturaleza es dulce,
y hay lirios en la cima de las colinas.

Ruth soñaba y Booz dormía; la hierba era negra;
Los cencerros del ganado palpitaban vagamente;
Una inmensa bondad caía del firmamento;
Era la hora tranquila en que los leones van a beber.

Todo reposaba en Ur y en Jerimadet;
Los astros esmaltaban el cielo profundo y sombrío;
El cuarto creciente fino y claro entre esas flores de la sombra
brillaba en Occidente, y Ruth se preguntaba,

inmóvil, entreabriendo los ojos bajo sus velos,
qué dios, qué segador del eterno verano,
había dejado caer negligentemente al irse
esa hoz de oro en los campos de estrellas.

Lacan toma este ejemplo princeps de la gavilla de Booz, como metáfora fecundante y procreadora de sentido. Toma este ejemplo que pertenece a la cultura francesa, y no es inocente su ejemplo, pues muestra la alianza “metáfora/paternidad”. Que no nos quedemos dormidos, aunque el título del poema es Booz dormido, y despertemos a lo que está allí para ser comprendido: esa asimilación entre metaforicidad y función paterna lleva en germen la escritura de la metáfora paterna. Hay que recordar que la primera referencia a Booz tuvo lugar en el contexto del Seminario sobre “Las psicosis” (ausencia de metáfora paterna).

La atribución de la procreación no es de orden biológico sino que tiene un carácter transbiológico. La metáfora, la metáfora paterna, engendra un otro sentido.

La metáfora reside en «su gavilla», que sustituye al significante «Booz», el cual ha caído al rango de significado.

Como significante latente, el nombre propio Booz «perpetúa el intervalo» introducido en la cadena significativa por el juego de la sustitución. En este intervalo, Booz puede ser religado a otra cadena significativa, «aquí tanto más eficaz para realizar la significación de la paternidad cuanto que ella reproduce el acontecimiento mítico con el que Freud reconstruyó el encaminamiento del misterio paterno en el inconsciente de todo hombre» (Escritos).

Este ejemplo señala que toda significación se engendra en el significante: y ésta es la «paternidad» de la significación. Si una palabra funciona para otra, lo hace porque el sujeto mismo está implicado en la metáfora, y en ningún caso podrá hacer de su nombre propio un decir. Esto quiere decir lo siguiente:

En **“su gavilla”** nunca podrá estar **“Booz”** porque este **“su”** que acompaña a gavilla lo impide. Creándose dos cadenas diferentes: una del lado del tener y otra del lado del ser que queda latente. Cuando aparece el término Booz en la cadena no puede sustituirse directamente por su gavilla y cuando está su gavilla no puede sustituirse por Booz. Por eso Lacan dice que la metáfora introduce un corte, una diferencia imposible de asimilar.

La metáfora no es simplemente un tropo «que desvía una palabra o una expresión de su sentido propio», sino que, con respecto a la metáfora paterna que articula el inconsciente aparece como una figura esencial que introduce la dimensión de la castración.

Para dar cuenta y no tan reducidamente como hacemos hoy de esta metáfora, nos parece que es necesario:

1-Leer la versión bíblica del libro de Ruth.

2-Pasar a continuación por la variante de Booz dormido de Victor Hugo, leer la poesía completa.

3-Y finalmente, recorrer las diferentes variaciones de Lacan alrededor de la interpretación de este famoso verso “su gavilla no era avara ni tenía odio”, que como os hemos dicho aparece en muchos textos.

Decíamos entonces que Lacan se vale de la metáfora para sostener la afirmación de que “la interpretación no está abierta a todos los sentidos”. En la interpretación no se trata de una significación cualquiera: apunta al significado para hacer surgir el

significante, invirtiendo la relación que hace que en el lenguaje el significante tenga como efecto el significado.

La interpretación no es una explicación o un abrochamiento de sentido, al modo de “lo que a Ud. le pasa es”; la interpretación introduce un “corte”, pone un límite en la cadena metonímica, haciendo surgir un significante irreductible hecho de “sin sentido” (sin sentido que no quiere decir que sea cualquier cosa). Lacan, en este momento, toma como ejemplo de este significante irreductible el significante “Poordjeli”, refiriéndose a un caso clínico de Serge Leclair, el caso del Unicornio publicado en un artículo titulado “Lo inconsciente, un estudio psicoanalítico”.

En el desarrollo de este caso, que como dice Lacan lo hace de manera exhaustiva, Leclair logra aislar en el discurso del analizante ese núcleo de sin sentido que no tiene posibilidad de traducción lexical, y en el que nos muestra el salto, el pasaje de la interpretación significativa hasta el sin sentido significativo que muestra el significante Poordjeli, réplica del nombre propio, nombre secreto de este sujeto. De todas formas este caso está más desarrollado en el libro: “Psicoanálisis: los nuevos signos. La escritura hablante como don del lenguaje” de Muerza y Juresa.

Lo importante no es la significación para el sujeto sino que el sujeto vea más allá de esta significación a qué significante -sin sentido, irreductible, traumático está sujeto como sujeto. Es decir que el sujeto tiene que captar los significantes amos, los significantes irreductibles que vienen del Otro para ver como quedó inscrito, articulado, capturado por el discurso del Otro, lo que implica el deseo del Otro.

Lacan toma el caso del “Hombre de los lobos”, uno de los 5 grandes psicoanálisis de Freud, (es conveniente que leáis en Freud este caso), como otro ejemplo para mostrar la relación del sujeto con ese significante irreductible que es el significante originariamente reprimido.

La aparición brusca de los lobos en la ventana que trae el sueño, hace función del significante irreductible. El significante “lobos” que es el nombre del síntoma de este hombre, tal y como lo tomó Freud, muestra como quedó inscrito el sujeto por el deseo del Otro.

Dice Lacan: “No solo sería que al sujeto lo fascine los lobos, la mirada de los lobos, sino que la mirada fascinada de éstos es el propio sujeto”. Y este modo de quedar inscrito, “como mirada fascinada”, en el deseo del Otro, es lo que va ir marcando los distintos momentos, de la vida de ese sujeto.

Después de este trabajo alrededor de la interpretación, Lacan vuelve a referirse a la transferencia. La interpretación no puede separarse de la transferencia, y dice que en realidad es la transferencia lo que nos interesa, pues como decíamos es el modo de

entender la transferencia, este concepto fundamental, va a determinar el modo de entender la dirección de la cura y por tanto también la interpretación.

En este seminario Lacan hace un pasaje de la transferencia entendida en su dimensión simbólica, a trabajar la dimensión real de la transferencia valiéndose de la topología y del objeto a que como sabéis es invención de Lacan. Entonces, la transferencia no es ya una relación intersubjetiva, una relación entre dos sujetos sino que en la transferencia está el vínculo entre dos deseos: el deseo del paciente y el deseo del analista, posición del analista como objeto a, causa del deseo. La transferencia, la relación transferencial, no es la relación entre dos sujetos, sino entre dos deseos, primero porque no hay dos sujetos, solamente hay uno y además este es supuesto, supuesto sujeto del inconsciente, supuesto sujeto de mostrarse en la cadena significativa, y la posición del analista es posición de objeto causa de deseo.

Vamos a tratar de explicar esto que Lacan va a situar en estos dos puntos de este capítulo y vamos a daros unos apuntes generales para que podáis releerlo vosotros.

Por tanto, comencemos con una afirmación de Lacan que vais a encontrar en muchos de sus textos: “en el comienzo del análisis, de un análisis, está la transferencia”. Es decir que no hay posibilidad de un análisis si no hay transferencia. De ahí que Freud empleó ese tiempo de ensayo o de prueba que es a lo que actualmente llamamos “entrevistas preliminares” y que es ese tiempo necesario para comprobar si se instala la transferencia.

¿Y como explica Lacan la instalación de la transferencia? Es la suposición hecha por el paciente de que el analista detenta un saber sobre lo que le ocurre, es decir que el analista dispone de la significación del síntoma, de lo que le sucede. Cuando el analista es tomado en esa vertiente de sujeto supuesto saber se instala la transferencia, produciéndose la aparición de ese efecto que es el llamado “amor de transferencia”. Y es evidente que como todo amor sólo se ubica, como indica Freud, en el campo del narcisismo, pues -amar es esencialmente querer ser amado.-

El amor sin duda es un efecto de transferencia, pero en su faz de resistencia interviene fundamentalmente en su función aquí revelada que es la del engaño. Es decir, que el amor como efecto de la transferencia tiene una doble vertiente: es motor de la cura en tanto que emplaza al inconsciente, a un sujeto del deseo, pero también es obstáculo de la cura cuando toma la faz de resistencia.

Freud diría que tiene que ver con esos momentos en que el paciente interrumpe sus asociaciones y lo asimila más con un momento de cierre del inconsciente que de apertura. El sujeto buscaría hacerse amar por el analista, oponiéndose así a cualquier efecto de revelación del inconsciente. Es decir que sería ese momento en que se detendría la asociación libre del paciente, movimiento de cierre del inconsciente.

Por ejemplo el paciente que produciría sueños para el analista, querer saber o investigar si es el preferido/a del analista, presentarse como inteligente o sutil... con la intención de “hacerse amar” por el analista, y a la vez, así, el sujeto se cierra al efecto de la interpretación, de saber inconsciente.

Entonces, estas dos facetas de la transferencia como motor y como obstáculo se corresponden con la concepción lacaniana del inconsciente como pulsación, definido por momentos de apertura y cierre y que en este texto va a tratar de ir situando en función de la alienación y la separación. Operaciones que aunque pareciera que van separadas, pues las separamos para poderlas trabajar teóricamente, en la dinámica del sujeto del inconsciente no se pueden separar, están funcionando en un ida y vuelta, en un proceso circular. Por eso es un poco artificial cuando decimos- aquí la alienación, aquí la separación.

Decimos entonces que el cierre del inconsciente es lo que se conoce por la faz de resistencia del amor de transferencia y la salida posible de dicha situación de engaño del amor concierne a la posición que ocupe el analista. El lugar que tiene el analista en la transferencia, donde situarse, es en la posición de objeto a. Es lo nombrado por Lacan como deseo del analista, objeto causa del deseo, única estrategia posible para sortear la trampa tendida por el amor de transferencia.

Y así puede darse cuenta del deseo como falta y a la vez como desconocido para el sujeto y puede haber interrogación en ese sujeto que ha sido efecto de la alienación significativa al constituirse en el campo del Otro.

Es decir, detrás del amor de transferencia está el deseo del analista que promueve el deseo del analizante.

Por eso la interpretación no debe realizarse en cualquier momento: la interpretación es correlativa de la resistencia, cuando la esquizia del sujeto está colmada, cerrada y a la vez el analista sabe que por parte del sujeto hay un cierre a la interpretación. Es el efecto de alienación en la relación del sujeto con el Otro, el Otro del significativo, campo del lenguaje, y este cierre se produce cada vez, no es algo que tiene que ver con el pasado sino con el aquí y el ahora, es lo que Freud expresa con la frase nada se alcanza *in effigie in absentia* y es por eso que la transferencia no es repetición de los modos de relación con las primeras personas amadas, sino lo que el sujeto repite cada vez está orientado por un discurso, cómo el sujeto quedó capturado por el significativo en su relación con el Otro.

Es en esos momentos precisos, cuando hay ese cierre, es cuando opera la interpretación y de este modo se relanza la transferencia. De ahí “de la interpretación a la transferencia” que es el nombre de este capítulo.

Lacan sitúa la transferencia en dos tiempos el tiempo de la alienación y el tiempo de la separación. En el primer tiempo el amor interviene tal y como lo hemos explicado en su función del engaño, el sujeto desea engañar al analista haciéndose amar por él. El centro de la relación entre el sujeto y el analista es el significante privilegiado Ideal del yo I(A) donde el sujeto se sentirá tan satisfactorio como amado.

Aquí Lacan cuenta que una vez una niña le decía gentilmente que ya era hora de que alguien se ocupase de ella para parecer amable ante sus propios ojos. Así delataba inocentemente el mecanismo que opera en este primer tiempo de la transferencia, lo que acabamos de decir que el sujeto tiene una relación con su analista cuyo centro es el significante del Ideal del yo. Ideal del yo que se constituye a partir de la marca, de la muesca, que porta el rasgo unario. En el centro del I(A) estaría la huella, el rasgo de ese primer significante efecto de la constitución del sujeto por el lenguaje. Significante que marca el cuerpo.

Y Lacan sigue diciendo: pero hay otra función que instaaura una identificación de índole muy diferente, y que el proceso de separación introduce. Se trata de ese objeto privilegiado, descubrimiento del análisis cuya realidad es puramente topológica, el objeto al que la pulsión le da la vuelta, el objeto a.

La maniobra de la transferencia debe ir encaminada a mantener la distancia, la diferencia entre el Ideal, como ese punto en que el sujeto se ve a sí mismo amable, y el objeto a, donde el sujeto se ve causado como falta; que no como objeto de deseo sino como objeto causa de deseo

Esto es lo que Lacan introduce en este momento para desarrollar entre otras cosas en el siguiente capítulo.